

*mos complicidades literarias. Este libro intenta cumplir esa función.* [pág. IX]

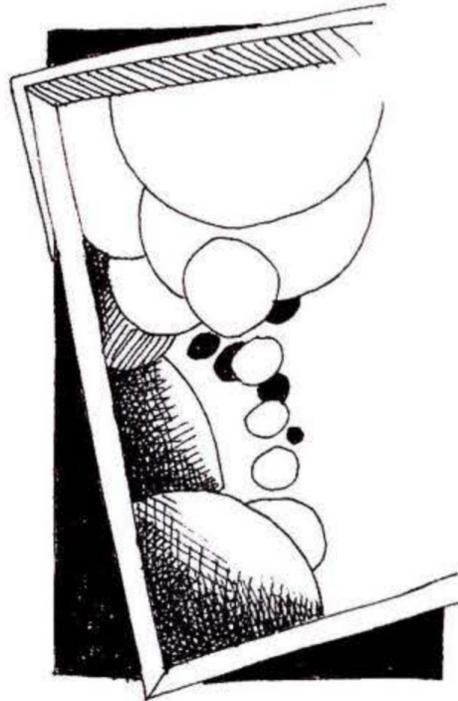
Es interesante que se hable de “influencias y vasos comunicantes” en vez de “evolución de la literatura barranquillera”. Quizás se deba simplemente a que el concepto de evolución difícilmente puede aplicarse al arte, ya que el paso del tiempo implica una transformación pero no siempre una mejoría. Es indudable que alrededor de la mitad del siglo XX ocurrió en Barranquilla lo que podríamos catalogar como una verdadera explosión de buenos autores, algo que difícilmente se repite dos veces en el mismo sitio. De hecho, en el mismo prólogo Ramón Illán Bacca advierte:

*Con la presentación de estos veinticinco cuentistas, la intención va encaminada no tanto a ofrecer excelentes cuentos, como a mostrar el proceso del género en Barranquilla. Por eso algunos de los cuentos presentados son más importantes que buenos.* [pág. 10]

A pesar de que para el lector sea evidente cuándo fue el momento de máxima gloria del cuento barranquillero, sobre todo si se tiene en cuenta lo que se escribía en aquella época en otras zonas del país, el libro trae una agradable sorpresa: en Barranquilla hay excelentes cuentistas también en la actualidad. Los ejemplos que ofrece la recopilación son varios, entre los que se podría destacar a Jaime Cabrera Sánchez, Henry Orejuela Rodríguez y Alberto Duque López, con cuentos que a primera vista sólo tienen en común la variedad de estilos, pero que tras un análisis más profundo demuestran que provienen de una misma tradición.

Dado que el primer autor de la selección nació en 1894 y el último en 1957, el libro, tal como promete Ramón Illán Bacca en el prólogo, deja entrever los autores que marcaron el proceso literario barranquillero en el siglo XX. Entre las influencias, en su mayor parte foráneas, es especialmente notorio el peso de

los escritores anglosajones, entre los que cabría citar a Hemingway, Faulkner, Wilde... Podríamos remontarnos incluso a Jonathan Swift, con su uso del humor ácido como arma de la inteligencia.



El libro, entonces, cumple su función de dar una panorámica de lo que ha sido la literatura barranquillera en el siglo XX. A vuelo de pájaro, es verdad, pero no puede ser de otra forma cuando se trata de una recopilación. De hecho, sería difícil hacer un estudio en profundidad de lo que es hoy la literatura barranquillera, pues gran parte del material no ha sido impreso. Al leer las cortas biografías de los autores, al comienzo de los relatos sorprende ver cuantos de ellos tienen una acumulación de material inédito, sin que para ello sea razón una baja calidad literaria, pues, a juzgar por las muestras, entre los autores con novelas o relatos inéditos están algunos de los mejores cuentistas de la recopilación.

El impulso motivador de *Veinticinco cuentos barranquilleros* es llenar un vacío de información sobre la literatura barranquillera. Y la obra consigue su objetivo... Hasta donde es posible paliar con sólo trescientas páginas una falta que lleva decenios. Por ello, es un libro importante para cualquier lector que desee hacerse una idea universal de lo que es la literatura colombiana. Una

literatura que demasiado a menudo olvidamos que abarca a los escritores nacidos en la cordillera de los Andes, pero también a los que están más cerca del mar.

ANDRÉS GARCÍA  
LONDOÑO

## Plumas colombianas

Silva, Arciniegas, Mutis, García Márquez y otros escritores colombianos

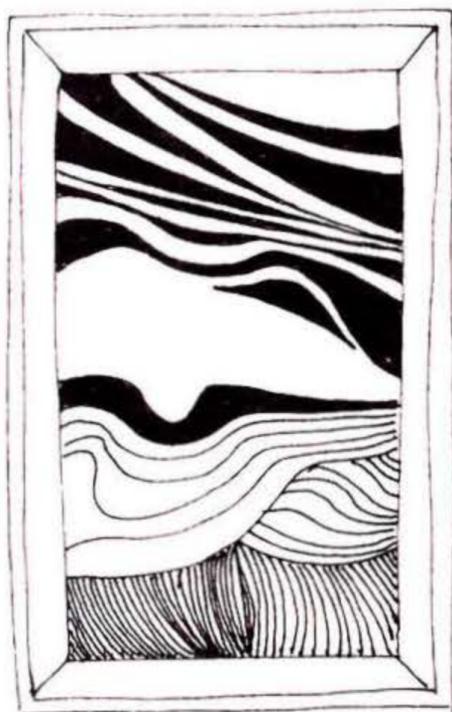
Juan Gustavo Cobo Borda

Biblioteca Familiar de la Presidencia de la República, Bogotá, 1997, 551 págs.

¿Cómo justificar un libro en el cual hasta la última de sus páginas ha sido publicada anteriormente? La respuesta parece sencilla: en la forma de una antología. En realidad, este libro es una simple antología de Cobo, pero una antología que, aunque cuajada de repeticiones, tiene particularidades que la apartan de otra cualquiera. Y bien, este libro puede ser considerado antológico si tenemos en cuenta que Juan Gustavo Cobo Borda, su autor, ha sido, además, el compilador por excelencia o, como dijo Germán Arciniegas, la cosedora mágica que cada vez que saca un libro nos ayuda a ordenar un poco una biblioteca llena de recortes regados por todas partes y que por fin consiguen acceder a su destino inevitable de basura.

Quizá la mejor reseña de este libro sea el prólogo de Esperanza López Parada. Cobo es, como lo dice allí, un erudito alegre, algo así como un nihilista cándido, si esto puede darse. En Bogotá tenemos un término muy apropiado: Cobo es un *gocetas*. Es un diletante exquisito que parece sacado del *De sobremesa* de José Asunción Silva. “Diversidad es mi divisa”, podría repetir Cobo Borda con la divisa de ese hombre tan poco diverso como fue La Fontaine.

Confieso mi debilidad por este tipo de estudios, que hacen las delicias de la imaginación. Pero en este caso, repito, ya los conocía casi todos. Aunque esta edición de la Presidencia de la República se niegue a reconocerlo por parte alguna. Y es éste un pecado gravísimo. No se precisan las fuentes. Es cierto que hay una copiosa bibliografía al final, pero nos quedamos sin saber de dónde surge cada uno de los artículos o ensayos. También nos asaltan la buena fe con respecto a las fechas. Este libro, sin duda alguna, ha sido escrito a lo largo de los años, y nos entrega reseñas sobre libros de hace quince años, como si hubieran aparecido ayer.



Pero pasemos al contenido. Cobo empieza señalando que *El carnero* es un libro ameno, y lo califica de primera obra de ficción colombiana. El ensayo sobre Silva, que sigue, es casi todo de 1988, si no anterior. El análisis aquí resulta a veces más largo que la propia obra analizada. Sin embargo, es un documento muy valioso. Ya Andrés Holguín había advertido que en lo escrito sobre Silva se olvidaba casi siempre lo esencial: el análisis de su poesía. Ese punto esencial, en Silva, es resaltado por Cobo. De hecho, nos recuerda que de los varios miles de páginas que se han escrito sobre aquel bogotano universal, poco y nada se ha escrito sobre los versos mismos. La exégesis sobre ellos ha sido casi nula; en

cambio, la discusión sobre sus amores incestuosos con Elvira, o sobre las causas del suicidio, ha sido inacabable. Cobo anota que a propósito de Silva los críticos han adelantado sus propias batallas personales. Cabría agregar, a guisa de explicación, que casi todo lo que se escribe sobre poesía suena banal, tonto. Esta frase resume su visión: "En todo caso, es curioso oír hablar de Silva, desde la intuición como desde el prejuicio. Es esclarecedor, en definitiva, ver cómo los otros leían a Silva. Esas miradas aumentan nuestro asombro ante la belleza de tantas de sus líneas" (pág. 110).

Hernando Valencia Goelkel escribía en 1973 que los relatos de Mutis sobreviven en la paradójica plenitud de lo incompleto. Cobo subraya este y otros aspectos, en un largo ensayo que, casi en su totalidad, ya nos era conocido. En todo caso, de él me interesa en particular el llamado que se hace a estudiar a Mutis a partir de una tradición que ha sido pasada por alto: León de Greiff. En este sentido, *La muerte de Matías Aldecoa* sugiere una hermenéutica apropiada.

Sobre *Ilona llega con la lluvia* dice: "Hay algo incómodo y forzado en todo el asunto, como si la eficaz prosa de Mutis, tan certera en los perfiles, tan flexible en la captación de los climas caribes y tan pertinente en ciertos escolios irónicos fuera incapaz de contagiarnos su interés por un material que a él, en cierta forma, también le es ajeno. Que, en definitiva, rechaza"... y añade que lo que era válido en los fragmentos poéticos no resulta igual de persuasivo en la novela. Igualmente destaca el clima de violencia que campea en otras novelas: "Lo que vemos en *Un bel morir* es terrible: una violencia demente, dominando la región, con imprecisas masacres entre el ejército, la guerrilla, la infantería de marina, los contrabandistas. Se parece en su crueldad 'fría y gratuita', de modo tan próximo a nuestra realidad, que no puede menos que inquietarnos".

Paso por alto las páginas sobre García Márquez, de las que a menudo se ha tratado, y consigno solamen-

te que el lector podrá encontrar aquí una célebre entrevista acerca de gustos literarios que hizo Cobo al autor de *Cien años de soledad* en 1981.

Un hecho me llama la atención. Cuando ya aparecen reseñados tres libros de Cobo Borda en uno de estos Boletines, creo que ha llegado el momento de preocuparse. Se me antoja un fenómeno que ya tiene que ver menos con la literatura que con el monopolio. ¿Querrá convertirse nuestro escritor en una especie de Isaac Asimov colombiano? ¿O imitar acaso a su tan admirado Germán Arciniegas, de quien parece haber tomado la idea de sobrepasar algún día la centena de libros? Irreverentemente, y utilizando palabras del propio Cobo, tengo que decir que esto "me parece una redundancia o una contribución más a la saturación bibliográfica que ya se insinúa" (1982). Cobo parece decir, con Disraeli: "Cuando quiero leer un libro, lo escribo", aunque reconoce, con no falsa modestia, que ha leído más libros de los que ha escrito.

Pero me pregunto: ¿es malo publicar tantos libros? No, por cierto. Criticar el hecho, en sí mismo, parece ser una tarea más de la envidia que del rigor crítico. Si alguien puede darse ese extraño lujo, pues que se lo dé. Es asunto de él. Además, es justo que el escritor, como cualquier otro profesional, pueda vivir de su oficio. Nadie va a reprochar al abogado que escriba varios memoriales diarios, ni al arquitecto que levante planos todos los días. Son su pan diario. Lo que ocurre es que el escritor aspira a trascender, a dejar una obra al futuro, no simplemente a comer de lo que escribe. Y si bien es justo que viva de su oficio, lo cierto es que aquello se refleja en desmedro de la calidad, y creo poder probarlo.

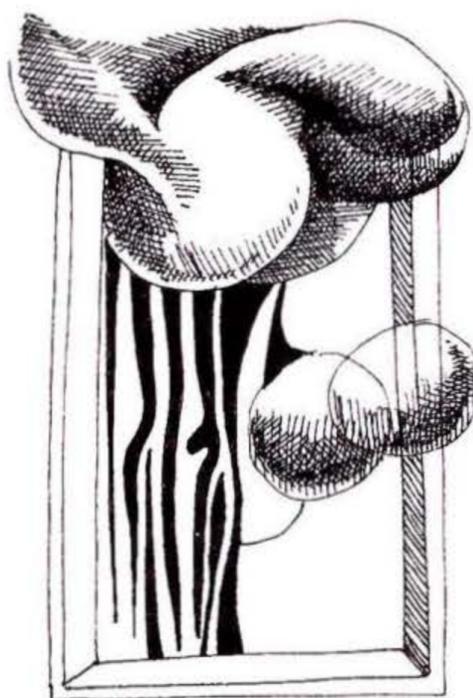
Lo mejor de Cobo en el campo ensayístico fue escrito a finales de los setenta: ese niño grandote que trabajaba en la Buchholz y que descubría aturdido a Sanín Cano, a Hernando Téllez, a Luis Tejada, a Nicolás Gómez Dávila, a Álvaro Mutis, y no solamente se extasiaba sino que nos contagiaba ese entusiasmo juvenil de quien advierte te-

soros que no están escondidos bajo tierra sino al alcance de todo el mundo, aunque ese mundo no se dé cuenta de ello.

Cierto es que la crítica debería consistir, como en Robinson Crusoe, en la elaboración de una lista, lo más amplia posible, en doble columna, de lo bueno, por un lado, y de lo malo, por el otro. Pero lo que sucede es que somos maniqueos, extremistas por vocación. Para nosotros, todo matiz que señale el crítico sueña a hipocresía. Sus juicios tienen que ser draconianos para que sueñen reales. Y eso era quizá lo que más nos atraía en el primer Cobo. De ahí en adelante se ha dedicado a reproducir esos juicios, los menos enfáticos, a adherirles información, a cargarlos de nuevas citas, pocas veces a podarlos, a ser menos contundente sin duda, pero también menos agudo, aunque no pretendo restar méritos a esta obra que sigue siendo, a mi entender, una cima en las letras latinoamericanas. Imagino al ensayista, hace años, echando tijera y pegando. Hoy, encima del computador, cortando y pegando por un lado y por otro. Cobo recoge en este libro un sinnúmero de materiales dispersos en conferencias, artículos, ensayos, libros, y levanta un rompecabezas que pretende ser una versión (¿definitiva?) de aproximaciones críticas a los principales autores nacionales. Resulta de todo esto un libro enciclopédico, difícil de leer de corrido, acaso mejor de consultar. Es un libro que, ante tanta riqueza, empalaga. Cobo haría mejor llegando al despojo de otros de sus maestros, un Téllez, un Colacho Gómez, que a la prolijidad casi enfermiza de Arciniegas.

En su afán de compilador impenitente, Cobo Borda nos recuerda a Händel, quien cada vez que necesitaba un nuevo oratorio retomaba algunas arias de otros de los tantos que ya había hecho, les cambiaba la letra y... listo. Y si de pronto el aria era de Telemann, y pocos lo sabían, pues, ¡tanto mejor! Eran las ventajas de la poca difusión publicitaria de los tiempos y de la ausencia misma del concepto de plagio. Cobo

hace algo parecido. Si bien se resguarda y precave a través de las comillas, esos guardaespaldas de las palabras, que tienen un efecto jurídico maravilloso y es que hacen que la cita, encerrada en ellas, quede de hecho bajo todo abrigo de plagio. Y aquí es donde no puede negarse que Cobo es un artista para citar. Vale resaltar, pues, una vez más, la ya célebre abrumadora pertinencia de sus citas.



Podría decirse que este libro es el resumen de todos los anteriores y que destila su quintaesencia, así como cada nuevo libro de poesía de Cobo no es sólo el resumen sino la totalidad de los anteriores. Pero da la casualidad que este libro no se vende en los supermercados, y ni siquiera en las librerías, puesto que esta rara colección de la Presidencia de la República fue ideada para las bibliotecas públicas. Casi, diríamos, una forma de asegurar el anonimato perpetuo y la nula difusión de un libro. Pero el número de obras escritas entre nosotros otorga fama y respeto. No en vano todo el mundo quiere que el autor de este libro escriba artículos en sus revistas, prologue sus libros o elabore el discurso inaugural de su empresa. Pero yo sospecho que, al igual que a Sanín Cano, los colombianos no leen a Cobo. Para empezar, no poseen el bagaje intelectual para leerlo. Cobo, como Borges, como Sanín Cano, es

escritor para escritores. Se dirige como sus ilustres antecesores, a un supuesto grupo de letrados que sólo existe en el mundo quimérico de la mente del autor y sin el cual perderían su razón de ser, pues no saben que en realidad están escribiendo para el futuro, esto es, para un par de curiosos del futuro. A cambio de ello, Colombia le paga publicándolo mucho, en artículos que deben ser muy buenos, muy eruditos, muy formativos, y que pasarán al cesto de la basura junto con el resto de la revista y la multitud de trivialidades que los acompañan. Pero qué le vamos a hacer. Cobo Borda no tiene la culpa del lugar en el que nació. Y es que ése ha sido el destino de este país: el de no darse cuenta de nada, ni siquiera de que Cobo ha sido para nosotros, y ya lo he dicho antes, lo que Borges ha sido para Argentina y Octavio Paz para México. Ahí, un poquito atrás, viene Cobo Borda tomando el relevo. Espero que estas palabras sean leídas apenas como una advertencia ante los riesgos de la prolijidad.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

## Niega toda orilla

Para leer a Álvaro Mutis

Juan Gustavo Cobo Borda

Espasa Fórum, Bogotá, 1998, 160 págs.

El encuentro entre Álvaro Mutis y Juan Gustavo Cobo Borda no es casual: dos poetas unidos por la amistad —ese diálogo infinito—, las lecturas compartidas —Nicolás Gómez Dávila, Ernesto Volkening, Francisco Madariaga— y un lúcido escepticismo.

No es gratuito tampoco que en la obra crítica de Cobo Borda (Bogotá, 1948) aparezca *Para leer a Álvaro Mutis*, texto que se perfila junto con *Para llegar a García Márquez* (1997) y *Arciniegas de cuerpo entero* (1987) como una gran lectura de nuestra